

Primeros análisis tras el resultado de las elecciones en México

Rafael de Arce – septiembre de 2006

Tras casi dos años de carrera electoral para la presidencia mexicana, los resultados de julio de 2006 han presidido buena parte del verano en los diarios de todo el mundo. La ajustada diferencia entre los dos principales candidatos, Calderón y López Obrador, y la no aceptación de este segundo de los resultados oficiales han generado una parálisis institucional más prolongada de lo deseable en el país; hasta que la junta electoral central finalmente ha proclamado como ganador de las elecciones al candidato “panista” Felipe Calderón, una vez vistas todas las reclamaciones y recuentos pendientes.

Es difícil valorar los efectos económicos que los resultados de estas elecciones pueden ocasionar en México; aunque es bueno constatar que, la campaña, si bien excesivamente larga, ha sido más tranquila que en el pasado, donde la “crisis de sexenio” se hacía patente a medida que se acercaba el momento de cambiar de presidente y tenía efectos desgarradores para el país.

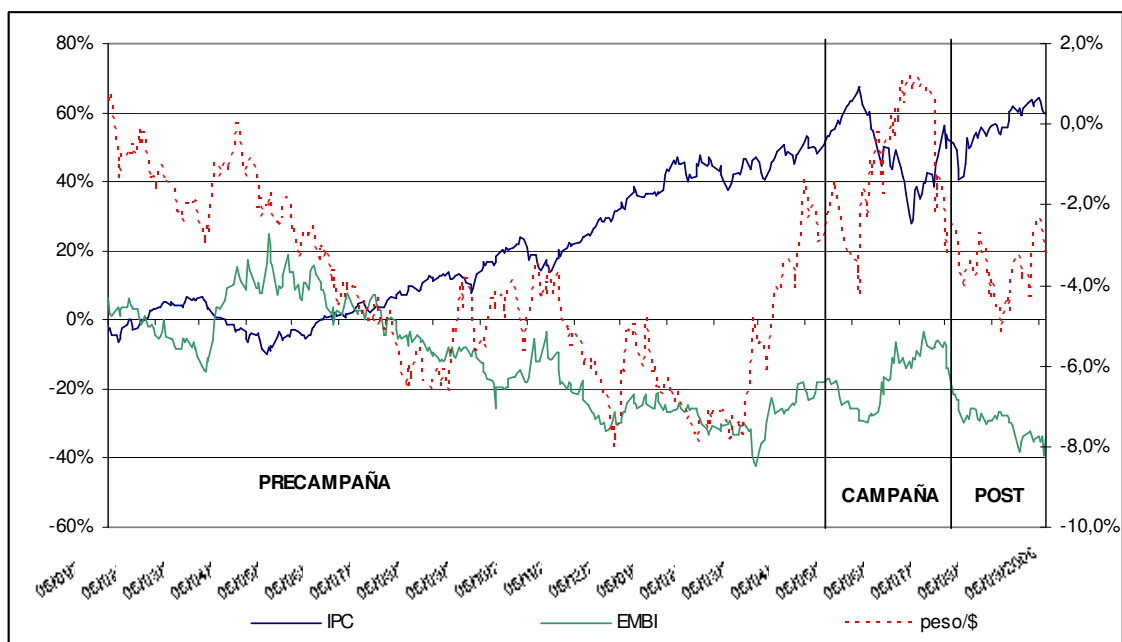
La economía mexicana ha gozado, tanto en la precampaña como en la campaña, de una fortaleza en sus *fundamentales* desconocida hasta el momento. A pesar de las muchas críticas que se puedan realizar contra cualquier política económica (sea del signo que sea), es un hecho incontestable que México ha conocido, durante los dos últimos años, un proceso de estabilidad financiera extraordinario. Aunque el país muestra serias dificultades para romper con su “corsé institucional y de capacidad productiva”; el buen hacer de las autoridades monetarias en materia de control de la inflación (política de tipos de interés ad-hoc), buena gestión de las reservas extra producidas por el petróleo, riguroso cumplimiento de la legalidad financiera, saneado funcionamiento del servicio de la deuda pública, etc., han dotado al país de un marchamo de credibilidad básico para encauzar buena parte de las inversiones internacionales hacia la zona; aún cuando éstas, en su conjunto, estén muy lejos de los “desembarcos empresariales” de finales de los noventa.

En este sentido, la campaña presidencialista se cerró en niveles extraordinarios para el país en cuanto a su paridad frente al dólar, revalorización bursátil y relativo control de la inflación. Pudiera parecer así que, un poco como en el caso de la “paradoja italiana”, la economía habría sabido desligarse parcialmente del devenir político.

Comparado con otros ciclos económicos en el país, esta campaña habría tenido un impacto sobre el tipo de cambio mucho más limitado, y el período de recuperación de la divisa habría sido casi inmediato, después de las elecciones y a pesar de la inestabilidad institucional prolongada por la concentración indefinida en plaza del Zócalo liderada por López Obrador.

Recurriendo a algunos indicadores de alta sensibilidad y frecuencia (tipo de cambio, EMBI, bolsa); en primer lugar hay que señalar que, en tan solo dos meses y medio, el nivel del peso frente al dólar se situaría nuevamente en las “alturas de abril”; es decir, por debajo de los once pesos por dólar.

TASAS DE CRECIMIENTO DIVISA, BOLSA Y EMBI (*) Enero de 2005 hasta 15 de septiembre de 2006



(*) eje derecho, bolsa y EMBI, eje izquierdo, tipo de cambio
 Fuente: CESLA

En segundo lugar, en la percepción de riesgo adicional de las inversiones en México sobre las de EE.UU., como país de comparación (EMBI), el ciclo electoral completo se cierra con una penalización por riesgo a la economía mexicana de apenas un punto más sobre la estadounidense (menos de la mitad que la Brasileña o un tercio del mismo indicador para la argentina). Nuevamente, la etapa de máxima tensión de campaña se mostró escasamente en este indicador, que reflejó la confianza de la inversión extranjera en la economía mexicana, si bien es cierto que los plazos de dicha inversión se fueron reduciendo.

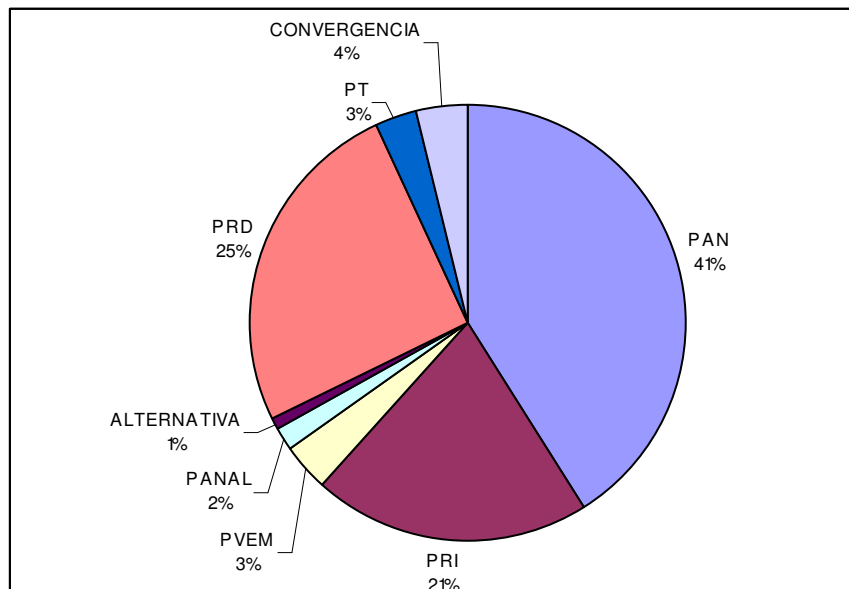
Analizando el índice bursátil de referencia del país (IPC), la capitalización desde enero de 2005 es superior al 60%, sufriendo castigos coyunturales en medio de la campaña de unos 20 puntos, pero prontamente recuperada la tendencia alcista al acabar el proceso electoral.

En este contexto, se podría decir que el proceso electoral mexicano no ha producido el caos económico al que estábamos acostumbrados en otras épocas, y la economía muestra una “fortaleza coyuntural” extraordinaria, si bien es cierto que los niveles de crecimiento del país atendiendo a sus agregados macroeconómicos principales son claramente insuficientes para cubrir tanto el desfase de rentas con los países más desarrollados como el fuerte incremento de su población.

En este sentido, la vista debe ponerse más en el futuro de la nación a largo plazo y es aquí donde nuevamente se pueden perpetuar problemas de “encorsetamiento económico” que llevan camino de cronificarse. Desde todos los sectores económicos, nacionales e internacionales, se reclama una política de reforma en los aspectos de energía, fiscalidad y control público de la corrupción, telecomunicaciones e infraestructura del transporte, principalmente. Todas estas reformas exigen mayorías fuertes en las cámaras para poder llevarse a cabo, como así ha quedado demostrado en la práctica cuando éstas se han intentado acometer durante el mandato de Fox. Es aquí donde puede estar el “talón de Aquiles” del país que, hasta el momento, pudiera parecer responder una imagen de prosperidad, aún cuando en diversas ocasiones haya querido señalar la visión a corto plazo que estaba dando.

Las nuevas cámaras surgidas de las elecciones de julio repiten un esquema de gobernabilidad posible, pero no de reforma institucional profunda en el sistema económico mexicano.

COMPOSICIÓN DE LA NUEVA CÁMARA DE DIPUTADOS MEXICANA



A pesar de ser el partido mayoritario en ambas cámaras, las alianzas entre los partidos (visibles a partir de la composición del senado), harían que frente al 41% de los escaños del PAN, se enfrentarían el 24% de los de PRI+PVEM y el 28% de los de la coalición del PRD+PT – liderado parcialmente por López Obrador -. Es decir, la oposición sigue siendo mayoría en México y el debate continuo, y más que probable, sobre paralización de la reforma político-fiscal está casi garantizado (privatizaciones o entrada de capital privado en empresas estratégicas y reforma de los impuestos al consumo y directos).

Lamentablemente, se ha perdido una ocasión para consolidar una mayoría fuerte de gobierno y los inversionistas extranjeros seguirán valorando el país en el corto plazo, aunque presentarán grandes reticencias a la hora de establecerse de forma definitiva en un país en el que los límites al crecimiento, en cierta medida, se los pone él mismo.

Es indudable que la estructura productiva está cerca de su saturación y, sin embargo, también es evidente que el país presenta un potencial de crecimiento extraordinario, en la medida en la que se pudieran limar sus deficiencias seculares (desigualdad de distribución de renta en el territorio, excesiva dependencia de EE.UU., deficientes infraestructuras de transporte, etc.). En estas asignaturas, el avance es débil y claramente insuficiente, condenando al país a épocas cíclicas de “vacas flacas y vacas gordas”. Tan solo queda la esperanza de que la presión de unos agentes económicos cada vez menos albur de la política pueda forzar a determinados pactos entre adversarios políticos cuando aún todavía están muy lejos los próximos comicios. Quedan

menos de tres años para intentarlo porque, después, nuevamente se recrudecerán las intenciones de los futuros presidenciables y, la historia, demuestra que no se producirán pactos.